

*Eva Heyman*

He vivido tan poco

*la palabra eXtrema*

## *la palabra eXtrema*

El ser humano es un ser de palabra. Pero en el mundo que solemos habitar, dentro del margen a veces estrecho del discurso corriente (cargado de convenciones, conveniencias, falsedades y cobardías) la palabra deja de serlo, pierde su valor. Extrañamente, hay que volverse hacia los extremos de la experiencia humana para poder recuperar el sentido de lo que es hablar. Tiene que venir alguien para quien acceder a la palabra fue una lucha sin cuartel, sostenida en una soledad inimaginable, para que entendamos lo que eso vale, para recuperar la esencia de lo humano, que admite más versiones de lo que la «normalidad» quisiera.

Una serie de testimonios, siempre excepcionales, unas veces escritos y publicados por sus autores para hacernos llegar su mensaje, cargado de consecuencias, otras veces recogidos de cierto olvido, releídos para descifrar en ellos un tesoro de experiencia, nos llevarán a trazar el verdadero mapa de nuestro mundo. Serán varios, porque un territorio tiene varias fronteras, limita con valles o ríos o mares o desiertos.

Y desde esos márgenes, sólo desde allí, se ve y se oye lo que siempre se nos escapa, lo que solemos ignorar.

# He vivido tan poco

Diario de Eva Heyman

*Prólogo de Elvira Lindo*

*Epílogo de Mihály Dés*



Título original en húngaro:  
ZSOLT ÁGNES. A TIZENHÁROM ÉVES ÉVA HARCOLT AZ ÉLETÉÉRT A HARMADIK  
BIRODALOM HŐHÉRAIVAL, DE A NÉMET VADÁLLAT LEGYŐZTE ÉVÁT  
© 1949 by Zsolt Ágnes and XXI. Század Kiadó Kft

© De la traducción: Mihály Dés  
Corrección: Marta Beltrán Bahón

© Del prólogo: Elvira Lindo

Dibujos: Tino Carosia  
Diseño de cubierta: Edgardo Carosia

Primera edición, mayo de 2016, Barcelona

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano:

© Nuevos Emprendimientos Editoriales S.L.  
C/ Aribau, 168-170, 1.º 1.ª  
08036 Barcelona (España)  
e-mail: [info@nedediciones.com](mailto:info@nedediciones.com)  
[www.nededediciones.com](http://www.nededediciones.com)

Maquetación: Editor Service, S.L.  
Diagonal, 299 ent. 1ª – 08013 Barcelona  
[www.editorservice.net](http://www.editorservice.net)

Con el agradecimiento de:



ISBN: 978-84-943530-2-4  
Depósito legal: B.4838-2016

Impreso por Sagráfic  
Impreso en España  
*Printed in Spain*

Queda prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio de impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, de esta versión castellana de la obra.

Ned Ediciones – [www.nededediciones.com](http://www.nededediciones.com)

# Índice

<b>Prólogo</b> .....	9
<i>Elvira Lindo</i>	
<b>He vivido tan poco</b>	
Diario de Eva Heyman .....	17
<b>Prólogo a la primera edición</b>	
<b>del diario de Eva Heyman</b> .....	143
<i>Ágnes Zsolt</i>	
<b>Epílogo</b> .....	147
<i>Mihály Dés</i>	



## Prólogo

Leo una vez y otra y otra más el diario de la niña Eva Heyman. Asombrada en primer lugar por su prosa, tan precisa y madura para una criatura de trece años. Me quedo sin habla en una primera lectura. En estas páginas está contenido el Holocausto. Si nombrar una por una a las víctimas de la ignominia es una manera de entender qué significado tiene una cifra, seis millones de muertos, el nombre de Eva da voz a todos aquellos niños que fueron desposeídos de la vida sin que su inocencia provocara piedad alguna. En el Monumento a los Niños del Museo del Holocausto de Jerusalén queda el visitante sobrecogido por las imágenes proyectadas de miles de rostros infantiles, pero aún más impresiona escuchar de fondo, como en un susurro, sus nombres, sus nombres completos, uno a uno, certificando el hecho de que cada niño que mataron fue una pérdida insustituible para la humanidad. Entre esos nombres está el de Eva, la pequeña húngara de la ciudad de Oradea, que emprendió la escritura de un diario, como tenían por costumbre tantas niñas aplicadas, el 13 de febrero del 1944, y lo dejó cuatro meses más tarde, ya internada en el gueto de su ciudad, poniéndolo a salvo a última hora, como si intuyera

## Eva Heyman

la importancia de su testimonio, en manos de la que había sido cocinera de la casa de sus abuelos.

Los diarios se escriben en presente. Eva es la hija única de una pareja que, tras divorciarse, deja a la niña en manos de los abuelos maternos, unos judíos acomodados, seculares, patriotas húngaros, que crían a la nieta en el confort provinciano de un país al que creían pertenecer por formar parte esencial del sector de la población más activo económicamente. Pero Eva, aun disfrutando la confortabilidad de una vida sin sobresaltos, sueña con seguir los pasos de su madre, Ágnes Zsolt, que en el diario es nombrada por la cría no como mamá sino como Ági, reflejo sin duda de una relación que no parece enteramente materno-filial, más bien de niña fascinada por una mujer que contiene todo lo que ella desea para la edad adulta: cosmopolitismo, aventuras, belleza. Eva admira a su madre, pero también la siente lejana, entregada más al amor de su nuevo marido, el escritor Béla Zsolt, que al papel que debería haber asumido. Pero es gracias a esta infancia peculiar por la que surge la voz que nosotros escuchamos, la voz inteligente, de observaciones perspicaces, que en ocasiones se diría que está anticipando su desgracia.

10

Eva cumple trece años, y saluda a su querido diario como si fuera su amigo más íntimo, como esas niñas que suplen la soledad con una amiga invisible. Es una estudiante de notas brillantes, que compatibiliza en su relato la inocencia propia de la edad con la gran educación que recibían los niños de familia judía burguesa en aquel mundo que el nazismo en gran parte enterró. Eva escucha a sus mayores hablar de política. Está rodeada de personas





que leen los periódicos, que atienden a las noticias de la radio con ansiedad y que incluso escriben, como su padrastro, escritor reconocido y periodista perseguido no sólo por su condición de judío sino por sus ideas socialistas. Eva tiene muy clara la amenaza alemana, sabe quién es Hitler y lo define con crudeza, seguramente con las mismas palabras que le oye a su temperamental madre. Hoy en día, esa precocidad en el juicio puede parecernos extraordinaria, pero no lo es si indagamos en qué lugar situaban la cultura las familias judías. La pequeña diarista, rodeada de adultos que opinan con bastante criterio sobre el curso de la guerra, escucha y traduce lo que oye en sus propias palabras: trata de comprender la diferencia entre socialismo y comunismo, espera anhelante la victoria de los aliados y no concibe que su existencia sea arrancada de esa casa desde la que ella contempla las peripecias, a veces remotas e inquietantes, de sus progenitores.

11

Si los alemanes no hubieran invadido Hungría, si ese penúltimo año de la guerra no hubiera existido, este diario hubiera sido también un gran testimonio de los miedos que, desde la lejanía, vivía una niña consciente de su condición judía y de la amenaza nazi. Pero ese lógico temor hubiera sido compensado con el mismo devenir de la vida cotidiana, que en los niños se impone en el momento en que olvidan con los juegos las preocupaciones de los adultos. El diario de Eva hubiera sido de cualquier manera interesante, por tratarse del testimonio de una cría que, a punto de convertirse en adolescente, atiende a las conversaciones de sus mayores y se deja contagiar por la angustia y la rabia que ellos sienten hacia el dictador ante el que Europa se ha ido poco a poco

## Eva Heyman

rindiendo; pero estas inocentes diatribas políticas perderían peso ante la felicidad del disfrute de los paseos en su querida bicicleta, de las meriendas entre amigas, de su enamoramiento del chico Pista Vadas, de su proyecto de ser fotógrafa, independiente y viajera como la madre.

Pero lo que debía haber sido se fue torciendo en los últimos meses del penúltimo año de la guerra, cuando los alemanes invadieron la ciudad provinciana. Nuestra heroína anota concienzudamente las restricciones a las que son sometidos los suyos en cuatro meses. Cuatro meses en los que está comprimido todo lo que venían sufriendo los judíos en Alemania desde que Hitler tomó el poder. Se trata de un sufrimiento diabólicamente condensado, sin tregua, que se hace patente en cada entrada del diario: los derechos ciudadanos usurpados, los bienes arrebatados, la dignidad pisoteada. Si en un primer lugar, a Eva se le prohíbe montar en bicicleta; días más tarde, dos policías se personan en su casa para arrebatarla. Es en ese momento cuando ella comprende que, para sus enemigos, su condición de niña no despierta piedad alguna. Por encima de la vulnerabilidad o de la edad se impone el hecho de su pertenencia a la comunidad judía.

12

En la tercera lectura del diario comienzan a asaltarme preguntas: ¿Por qué no se ha publicado antes en nuestro país? La primera traducción del húngaro al inglés data de los años 1960 pero, sea como fuere, sorprende que este libro no ocupe un lugar más preeminente en la literatura testimonial del Holocausto. Sería objeto de estudio averiguar por qué un volumen que nos narra en primera persona una experiencia tan intensa no ha logrado un



reconocimiento ajustado a su importancia, como así ocurrió con el diario de Ana Frank. ¿Interviene en la escasa presencia de la niña Eva Heyman la manera en que cada país ha gestionado su responsabilidad en la matanza de judíos?

Este tesoro vio la luz gracias al amor que Mariska Szabó, empleada de los abuelos de Eva, sentía por la niña. Mariska, católica, tuvo acceso al gueto de Oradea desde el que los judíos fueron distribuidos a distintos campos de concentración. Eva lo puso en manos de su querida Mariska días antes de que la deportaran. La niña y sus abuelos perdieron la vida meses después en Auschwitz. La madre, Ági, y el padrastro, Béla, consiguieron salvarla. Un superviviente del campo contó a la madre cómo fue el sangriento Mengele en persona el que empujó a la niña al camión donde habían de ser conducidos a la cámara de gas.

13

Ági, liberada de Bergen-Belsen, buscaría a su hija con desesperación hasta que tuvo la certeza de que había muerto. Volvió a Oradea entonces y Mariska le entregó el diario. La única misión que dio sentido a la vida de Ági a partir de ese momento fue publicarlo. Una vez que lo consiguió, se quitó la vida. Cuando se ha presenciado la maldad sistemática y colectiva resulta casi imposible volver a confiar en el ser humano. NO hay manera de ofrecerle algo de sosiego o consuelo al alma. Al sentimiento de culpabilidad que de manera frecuente perseguía a los supervivientes del Holocausto por el mero hecho de no haber muerto, se unía, en el caso de Ágnes, el tormento de una madre algo bohemía que antepuso su vida a la crianza de la niña. Pero ¿quién podía imaginar que

## Eva Heyman

en los meses finales de la guerra, cuando los alemanes la daban por perdida, una buena parte de las energías del ejército alemán estaría destinada a la solución final para los judíos? ¿Quién piensa que va a sobrevivir a una hija?

Hay libros que nos cambian; hay que dejarse transformar por ellos. No se es la misma persona tras leer el «pequeño diario» de Eva. Una acaba estas páginas y quisieran emprender una peregrinación hasta Oradea: Visitar la casa de los abuelos, el barrio que la niña recorría en su bicicleta, ir andando al colegio en el que estudiaba, imaginar los días de diario de aquellos niños cuando aún podían disfrutar de una infancia normal; caminar luego por esas calles en que una mañana, a bordo de un camión, junto a su familia, Eva fue trasladada al gueto. La vida, cuenta la niña, parecía insoportablemente normal aquel día. Los no judíos se afanaban en sus tareas diarias sin preguntarse o sin querer ver donde llevaban a toda esa gente que hasta hace cuatro meses habían sido vecinos con los que habían tenido trato y compartido negocios. Quisiera respirar en el sitio donde el ejército estableció el gueto, la última morada antes del campo donde Eva, sus abuelos, Ági, Béla, todas las familias judías que habían hecho próspera esta ciudad se hacinaban en espera de un destino fatal. Muchas pudieron ser las vejaciones pero ni la dignidad ni la esperanza pueden ser arrebatadas. Las últimas palabras de la niña, antes de emprender el camino a Polonia, lo atestiguan: «Aguantaría en un sótano o en un desván o en cualquier agujero hasta el fin de la guerra, y permitiría incluso que aquel guardia civil bizco que nos quitó la



harina me besara, ¡con tal de que no me maten, con tal que me dejen vivir!».

Hay hoy una pequeña estatua en Oradea que reproduce la foto más conocida de una Eva de doce años, pero yo quisiera caminar por todos aquellos lugares que ella solía frecuentar antes de que los nazis y sus vergonzosos cómplices le robaran su infancia. Tratar de mirar el paisaje de Heyman con los ojos de esta criatura candorosa que quería ser fotógrafa y dedicar su vida a plasmar una crónica visual del mundo. El nazismo sólo le permitió dejar anotados cuatro meses de su vida interior. Cuatro meses resumidos en unas páginas que se convierten, desde el momento en que las leemos, en una valiosa e insustituible mirada de los últimos tiempos del horror. Todo vuelve a nosotros en presente y, aunque sepamos el final que su autora ya no pudo escribir, experimentamos angustia según avanzamos en la lectura, como si algo pudiera seguir siendo evitable. Ése es el milagro de este diario, escrito por una niña dotada para la narración, que nos sitúa admirablemente en aquellos días en los que sucedió todo. Leyéndolo tiene una la sensación de devolverle la vida y, en cierto modo, es así.



# *He vivido tan poco*

Diario de Eva Heyman









13 de febrero de 1944

Hoy cumplo trece años. Nací un viernes 13, día de la mala suerte. Ági es muy supersticiosa, pero le da vergüenza confesarlo. Éste es mi primer cumpleaños en el que Ági no está conmigo. Ya sé que van a operarla, pero aun así hubiera podido bajar. También en Várad hay buenos médicos. Es mi decimotercer cumpleaños y no ha venido. Ella está feliz ahora porque el tío Béla ha salido de la cárcel. Ági quiere mucho al tío Béla, y yo también lo quiero. La abuela dice que Ági no quiere tanto a nadie, ni siquiera a mí; pero yo no lo creo. Es posible que cuando era pequeña no me quisiera, pero ahora sí, sobre todo desde que le prometí que de mayor seré fotógrafa de prensa y me casaré con un ario inglés. Según el abuelo, para cuando me toque casarme ya no importará si mi marido es ario o judío e, incluso, él cree que para entonces la misma palabra «ario» estará en desuso. Yo no creo que esto ocurra porque siempre habrá arios y siempre les irá mejor. Incluso si para entonces ya no se llevan a los judíos a Ucrania para hacer trabajos forzados —como hicieron con el tío Béla y los judíos más ricos de Várad— y ya no hay una «ley judía». Según Ági, después de la guerra no la habrá, pero porque ella siempre decía que los alemanes van a perder la guerra. Ya lo dijo aquel verano, hace dos años, cuando se llevaron al tío Béla a Ucrania. Creo que nunca olvidaré aquel día.

19

Acabo de darme cuenta de que ya me han pasado muchísimas cosas que recordar cuando sea mayor, incluso cuando sea vieja. Mi pequeño diario, ya habías nacido cuando al tío Béla se lo lleva-

## Eva Heyman

ron a Ucrania, pero como yo todavía era una niña no te lo anoté con detalle. Pero ahora que —bien está lo que bien acaba— el tío ha vuelto vivo de Ucrania y hasta ha salido de la cárcel de Budapest, un día de estos te contaré lo que pasó aquel día. Pero hay cosas que nunca he anotado porque tu, pequeño diario, aún no existías y yo era demasiado pequeña. Como, por ejemplo, cuando los nazis deportaron a Marta a Polonia. Nunca jamás olvidaré tampoco el día en que los rumanos se fueron de aquí y yo miraba desde la farmacia de mi abuelo cómo el almirante Horthy, montado en un caballo blanco, desfiló por la Calle Mayor.<sup>1</sup> Ági se enojó mucho al verme saludar con la mano a Horthy, y me dijo que ese hombre mataba judíos cuando llegó al poder y ella era aún pequeña. Entonces me piqué mucho con Ági, no entendía por qué decía esas cosas sobre el gobernador de Hungría, que tenía, además, un nieto tan precioso. Pero poco después quisieron quitarle la farmacia al abuelo. Entonces caí en la cuenta de que Ági había tenido razón al llamar viejo asesino a Horthy. Ya ves, mi pequeño, tampoco anoté en ti que los húngaros casi le quitaron la farmacia

20

---

1. Como consecuencia de los tratados de paz de la I Guerra Mundial, Hungría perdió dos tercios de su territorio, entre ellos Transilvania, con más población rumana que magiar, si bien pasaron a Rumanía zonas completamente húngaras también, como la ciudad de Eva. A la espera de futuras recompensas, la Alemania nazi intervino para que Hungría recuperase parte de sus tierras perdidas, primero a costa de Checoslovaquia (1938), luego de Rumanía (1940). Después de la «reconquista», el almirante Horthy, gobernador de Hungría, acompañado por su séquito, hizo una ostentosa entrada a caballo en las ciudades recuperadas de esa región llamada Transilvania Norte.



al abuelo. El abuelo dice que lo resolvió Ági, pero según la abuela fue él, el abuelo, quien les untó las manos y logró recuperarla. Mi pequeño diario, tú no sabes quién es el paladín Szepesváry, ése que le hizo todo esto a mi abuelo, pero ya te lo contaré. El tío Béla dijo que un Popescu o un Ionesco nunca harían lo que es capaz de hacer un paladín húngaro.<sup>2</sup> Sin embargo, a la abuela le caen fatal los rumanos, pero a Ági y al abuelo les caen bien, sólo que no se atreven a decirlo delante de ella porque le tienen miedo. Se lo pregunté al tío Béla, pero él me dijo que no se puede generalizar y que, precisamente, la generalización es la tragedia de los judíos; por ejemplo, cuando hay alguien como Emil Adorján, que es la persona más rica de Várád y tiene un montón de dinero, entonces a mí también me odian los arios porque yo también soy judío, aunque no tenga nada ahorrado.

21

Yo gasto todo mi dinero de bolsillo en comprar regalos de cumpleaños. Es verdad que también recibo regalos, incluso para Navidad. Tampoco esta Navidad vino Ági, ni yo pude ir a Budapest porque estaba enferma. Ági me llamó por teléfono diciendo que no podía dejar solo al tío Béla en la cárcel, pero la verdad es que allí no está solo para nada, ya que en la prisión militar del bulevar Margit, número 87, hay más que suficientes judíos encerrados con él. Yo ya le he escrito a la cárcel y también para su

---

2. Orden militar creada por el Gobernador Horthy en 1920, inmediatamente después de su llegada al poder. Aunque de origen noble, Horthy fue un advenedizo y con esta orden trataba de crear su propia clientela, que a menudo era gente de origen burgués.

## Eva Heyman

22

cumpleaños, que es el 8 de enero, y hasta le envié una foto mía. Mi padre me dijo que pusiera como destinatario: «a la A/A del preso Béla Zsolt». Pero yo puse: «a la A/A del señor Béla Zsolt». Me dio miedo de que se lo tomara mal. Mi abuelo dice que antes metían presos a los que robaban o mataban o estafaban y que estar en la cárcel era una vergüenza mayor, pero que ahora es un orgullo. Por eso el abuelo se siente orgulloso de que su yerno haya estado preso durante cuatro meses. El señor Schapira, el profesor de francés del liceo, me dijo a la hora del recreo que después de la guerra el tío Béla será un gran hombre gracias a su encarcelación. Pero tío Béla ya es un gran hombre, que ha escrito muchísimos libros, sólo que a mí no me los dejan leer porque no los entendería. Y eso que yo leo las novelas de Mór Jókai y Kálmán Mikszáth<sup>3</sup> y hasta comprendo los cuentos de Shakespeare. Antes, el tío Béla escribía los editoriales de *Az Újság*,<sup>4</sup> de los que de verdad no entendía nada. También es cierto que entonces yo era aún mucho más pequeña. Luego, a causa de la «ley judía», él escribía otras cosas en el mismo periódico, pero aquellos artículos ya ni trataba de leerlos.

Antes siempre se organizaba una pequeña fiesta para mi cumpleaños, pero el año pasado vinieron sólo mis dos mejores amigas: Anikó Pajor y mi prima Marica Kecskeméti, además de Ági, por supuesto. La abuela me dijo que no permitiría hacer más fiestas

---

3. Autores húngaros de la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX.

4. *El diario*, en español.